

que el emperador no se habia dignado darle las gracias, ni siquiera con el sombrero, por tantas penas y privaciones. Despues de esta separacion, todo ha cambiado repentinamente; como si no nos conociesen.

« Ya no nos dan ni víveres ni forrajes; ¡ hasta se niegan á enterrar nuestros muertos en los cementerios de la ciudad! Yo mismo he andado apurado para alcanzar hospitalidad en un convento. Despues de una batalla tan formidable, en que hemos perdido tantos hombres y tantos hijos de nuestras mas ilustres familias, perdemos tambien nuestros caballos y bagajes, ¡ y estamos expuestos á la mofa y la compasion de aquellos á quienes hemos salvado! ¡ Por Dios! ¡ hay para morir al ver escaparse por su lentitud tan bellas ocasiones de destruir á los turcos y tan gloriosas jornadas! ¡ Hoy mismo me pongo en marcha para alejarme de esta ciudad de Viena en donde hacen fuego contra mis soldados! »

XXVIII

Durante estas tergiversaciones y tardanzas de las tropas del emperador, que parecia temer el propor-

cionar á Sobieski otro triunfo, Kara-Mustafá, defendido por el Raab, echaba á sus tenientes la culpa de su derrota. Reprochando al viejo y valiente Ibrahim-bajá, gobernador de Ofen, el haber dejado sus trescientos cañones en las baterías de Viena, sus tiendas y sus riquezas en poder de los infieles: « Tú, viejo visir, » le dijo en pleno divan, « tú, cuyos cabellos han encanecido en el servicio de la Puerta, te has dejado vencer, y has vuelto bridas por vengarte de mí; pero vas á sufrir la pena de nuestra derrota. »

Mandó al jefe de los tschauschs que le cortase la cabeza delante la tienda, y al punto rodó por el suelo la del mas valiente de los otomanos en expiacion del vencimiento de un visir incapáz. Este castigo provocó murmuracion en el ejército, pero fortificó con el terror la disciplina de las tropas reunidas al rededor de Mustafá.

Sobieski, no teniendo paciencia para aguardar á los auxiliares alemanes, seguia con demasiada temeridad á los doscientos mil otomanos, recogiendo en el camino los restos de las tropas del gran visir. Su humanidad perdonaba á los vencidos.

« Alma mia, habia salido de Viena, y marchaba con la vanguardia: apercibo en el valle un castillo magnífico no arruinado. Pregunto lo que era, y sabiendo

que allí se guardaban leones , me acerco y oigo tiros (cosa que necesito mencionar en la gaceta). Tomo informes y sé que eran cincuenta genizaros que habian huido por la noche de las trincheras de Viena y que habian ido á encerrarse en una torre con la esperanza de que el visir se rehiciera y volviese á la carga. No querian capitular con los alemanes. En efecto, ya habian muerto á mucha gente y no podian ser desalojados sino con una mina. Les he hecho saber que yo estaba allí, se han rendido y han sido traídos á mi presencia sanos y salvos. En el castillo he encontrado á una leona hambrienta y he mandado darle de comer ; pero lo mejor de todo era que habia allí para cargar cincuenta mil carros de galleta , porque aquel era el depósito de víveres del ejército del gran visir.

« La Hungría , que yo recorro , escribia á su querida María , es un grano de arena que si se exprime no chorreará mas que sangre. El emperador ha partido de Viena para Linz. Le he enviado algunos hermosos caballos de silla, que me pareció deseaba, con arneses cuajados de diamantes, rubíes y esmeraldas; al príncipe de Anhalt, que es mi amigo, le he enviado un hermoso bridon ricamente enjaezado. Por mi parte, me veré obligado quizá á volver á Polonia con búfalos y camellos. La tienda del gran visir estaba

llena de perfumes, de bálsamos y alhajas que no se cansa uno de mirar ; cosas bellísimas nos ha dejado, particularmente todo lo tocante á su persona era de lo mas raro y maravilloso del mundo. »

XXIX

Una enfermedad semejante á la peste diezmo sus tropas y él mismo la padeció en las márgenes pantanosas del Danubio, cerca de Presburgo. Pero ni aquel azote fué poderoso á hacerle abandonar la persecucion de los turcos. Su mujer, mas ambiciosa que él, no cesaba de echarle en cara su negativa en apropiarse la Hungría por precio de la victoria. Su lealtad no consentia despojar de un reino al emperador á quien habia auxiliado. La reina, objeto de tan constante ternura , se unia á sus enemigos de Varsovia para criticarle con acritud el que no firmara la paz con los otomanos á precio de la Hungría , arrancada al Austria y abandonada por ellos á la Polonia.

« No, no, le respondió él, sabed, corazon mio, que es necesario ganar cuarteles de invierno ántes de regresar á vuestro lado ; de otro modo , los turcos vol-

verían á la carga y no nos dejarían descansar. Pero vosotros hacéis la guerra segun vuestro capricho. Os agradezco esta prueba de cariño y no pido en cambio mas que el ser amado presente como lo soy en mi ausencia; porque aunque el amor sea encantador como recuerdo, no es comparable nunca á la realidad. ¡Ya que no pueda pues, gozar de vuestra presencia, doy por lo ménos rienda suelta á mi imaginacion y abrazo un millon de veces á mi adorable Mariquita!»

XXX

Entretanto, las facciones interiores de la Polonia, á las que se unía su mujer contra la política de su héroe marido, resonando en su campamento, sembraban la discordia en su ejército que se desbandaba, y se quedó solo con un puñado de hombres al frente de las tropas del gran visir. Incorporándose al fin con el duque de Lorena, cerca de Comorn, á las orillas del Danubio, hizo resolver en un consejo de guerra el paso del rio por el ejército aliado.

Mientras seguía su márgen, casi en frente de las tropas otomanas, buscando un sitio favorable á su de-

signio, los turcos, reforzados por Tekeli, desembocando en número de ciento veinte mil hombres por la cabeza del puente de Parkan, lo envuelven entre el Danubio y su ejército: todo huye ante aquel diluvio de tártaros, otomanos y húngaros, resueltos á vengar la derrota de Viena. Sobieski persiste en pelear con seis mil husares polacos; envuelto por sus flancos, separado de su infantería, encerrado en un círculo de hierro y fuego, ametrallado por la artillería del gran visir, asaltado por las cargas repetidas de Tekeli y de sus hulanos, un jinete turco levanta sobre su cabeza una hacha de armas. Uno de sus caballeros, dando su vida por la suya, separa el arma del spahi y recibe el golpe mortal; sus escuadrones cubren con sus caballos y sus cadáveres la llanura fangosa y cortada por fosos, en donde buscaban su defensa contra los turcos. El vigor del caballo de Sobieski parecia redoblar conociendo el peligro que corria su señor; él salvaba al rey casi apesar suyo. Sobieski, escasamente restablecido de la enfermedad que habia agotado sus fuerzas, enervadas en los combates, cubierto de sangre, abrumado de dolor, no tenia vigor para regir su caballo; sostenido en la silla por dos pajes que lo tenian por debajo del brazo, con el cuerpo inclinado hácia adelante, la cabeza vacilando bajo el casco, como un hombre embriagado, no sabia adonde lo conducia el

galope de su débil escolta, y no se despertaba de su letargo mas que para preguntar con terror donde estaba su querido hijo, separado de él en la refriega.

Llegado al pié de una colina desde donde el fuego de su artillería contenía á los spahis, lo acostaron inanimado sobre un haz de cañas; su hijo, salvado por un caballero francés que lo habia llevado á una capilla ruinosa, separada del campo de batalla cayó en sus brazos y ambos confundieron sus lágrimas. El duque de Lorena llegó por fin con el cuerpo de ejército y sacó á Sobieski de su abatimiento. El héroe no trató de disimular su derrota. « ¡Bien me han baido hoy, » dijo al duque de Lorena, « pensemos « en vencer mañana ! »

Tres dias despues, alcanzaba su última victoria en la llanura misma que habia sido testigo de su desastre, y forzaba á los turcos á repasar el rio por el puente de Gran, roto y hundido por su artillería. El Danubio se tragó treinta mil otomanos, tártaros y húngaros que se precipitaron en sus aguas para librarse del sable de los húsares de Sobieski. Él mismo, dirigió el asalto de la fortaleza de Gran; cuyas almenas estaban coronadas de cabezas de sus soldados, recientemente muertos al pié de sus muros, y allí cinco bajás y millares de turcos fueron pasados á cuchillo por los polacos y los voluntarios franceses

del ejército del rey. Un paje de la reina, pariente suyo, llamado la Mouilly, se cubrió de gloria y de sangre cerrando casi él solo el puente levadizo de la fortaleza por donde los turcos iban á escaparse del castillo.

Tekely, á caballo con su mujer, la hermosa Elena de Serin, que lo seguia hasta en medio del combate, apareció demasiado tarde con sus tropas en las alturas para poder tomar parte en la accion. Los turcos lo acusaron, no sin apariencia, de haberse extraviado deliberadamente para dejar triunfar á Sobieski. Su importancia en Hungria dependia del equilibrio que mantenía entre los turcos y los polacos, queria engrandecerse con la ruina de los unos y de los otros. Con este objeto, envió á cumplimentar á Sobieski por su heroismo, y se ofreció como *mediador de paz* á los turcos y á los polacos.

XXXI

- La carta de Sobieski á la reina, fechada en el campo de batalla de Gran, respira gratitud á Dios y á sus soldados.

« Cuando le dijeron ántes de ayer á mi infantería

que yo habia perecido, exclamó: «¿para qué que-
remos vivir ya si hemos perdido á nuestro padre?
« ¡llevadnos á la pelea y muramos con él!... »

« Ahora que me hallo restablecido, quiero confe-
saros, corazon mio, que de tal suerte he sido gol-
peado y pisoteado por los fugitivos, que mi cuerpo
está por muchas partes negro como el carbon. El po-
bre palatino de Pomerelia ha sido hallado sin cabeza;
casi todos nuestros pajes han perecido en la accion;
nuestro negrito José ha caido en poder de los turcos,
que le han cortado la cabeza. Tambien he perdido un
jóven húngaro que hablaba muchos idiomas; pero
sabed la suerte de mi pobre calmuko; ya sabeis qué
hábil era para correr liebres; pues bien, toda su des-
treza á caballo no ha podido salvarlo; no sé porque
feliz casualidad le han perdonado la vida los turcos
que lo han cogido. Ayer, despues de la derrota de los
infielos, ha sido descubierto en una de sus tiendas;
los nuestros lo habian reconocido tambien, cuando
un aleman acudió y le dió un sablazo en la cara, del
cual no sé si curará apesar de las promesas de los ci-
rujanos.

« Cosa singular, » añadió el héroe supersticioso
como todos los hombres que luchan cuerpo á cuerpo
con el destino, « cosa singular es que el juéves, quan-
do marchábamos contra el enemigo, un perro negro,

sin orejas, iba constantemente á nuestro lado sin que
fuese posible echarlo; añadid que una águila negra
se ha cernido durante algun tiempo casi al nivel de
nuestras cabezas, y luego ha volado detrás de noso-
tros. Ayer por el contrario, un pichon blanco ha es-
tado delante de nuestros escuadrones; una hermosa
águila, blanca tambien, ha revoloteado casi pegando
al suelo delante de nuestras líneas, pareciendo que
queria conducirnos al enemigo.

« Kara-Mustafá ha huido á Belgrado para evitar la
cólera de su señor, y proponiendo una escolta al ju-
dio cargado con sus diamantes, de miedo de que lo
robasen sus propios soldados fugitivos: « No, » le ha
respondido su tesorero; « yo me pondré mi gorra
« alemana, y vuestro ejército huirá delante de mí! »
« — ¡Ah! ¡ ah! » exclamó el visir: « demasiado cierto
es eso, y el proverbio otomano tiene razon en decir:
*« Los que Dios ha dispersado temerán hasta la perse-
cucion de un hebreo! »*

« Nuestro hijo Fanfan se ha aguerrido en la jor-
nada de ayer, porque la artillería del fuerte del otro
lado del Danubio nos ha disparado sin cesar; no se
puede negar que la sangre de la nobleza polaca ha
corrido abundantemente por la causa de la Alemania,
y de la cristiandad.

« Unica alegría de mi alma, encantadora y amada

María, » le escribió algunos días despues, « he hecho capitular á cinco mil turcos y al bajá de Alepo, en la fortaleza de Strigonia, poseida por los turcos por espacio de ciento y cincuenta años. ¡ A qué cambios de fortuna está sujeto el mundo ! Dios y la gloria son nuestra sola recompensa. »

XXXII

En medio de estos triunfos, sentia el cruel abandono de su patria y la envidiosa oposicion de su nobleza y de su propia sangre contra él.

« Si la Polonia, » escribia á María, cómplice de la conjuracion contra su gloria, « si la Polonia fuese una isla en medio del Océano, seria ahora para mí como aquellas de que hablan los historiadores, que se veian flotando sobre muros, tan pronto visibles como sumergidas. Cinco semanas hace que no sé si hay Polonia en el mundo; y no me aflije tanto este silencio acerca de las cosas políticas, como la falta de noticias de vuestra salud, de lo cual depende mi felicidad y mi vida. »

Antes de volver á los otomanos, se experimenta un

gran deleite en seguir á este héroe á través de sus triunfos hasta su tumba. Obligado á permanecer en Polonia por las exigencias de la nobleza, de la Dieta y de su mujer, ligados contra su gloria, entra triunfante en Varsovia el dia en que Kara-Mustafá recibia en Belgrado la órden de morir.

Mahomet IV no lo creia culpable, pero la nacion lo creia fatal; su suplicio era un sacrificio á la fatalidad. El aga de los genízaros, enviado de Andrinópolis á Belgrado para recoger su cabeza, le permitió que fuese estrangulado por sus propios servidores. Antes de morir, Kara-Mustafá, que preveia su destino, habia hecho un viaje secreto á Contantinopla para asegurar á sus herederos sus inmensas riquezas. Los trabajadores albaneses que habia empleado en enterrar su tesoro en un subterráneo, de nadie conocido, excepto de sus hijos, habian sido asesinado por órden suya, despues de concluida la obra.

De vuelta á Belgrado, explorando un dia la campiña desde su palacio, apercibió un grupo de ginetes que bajaban por la colina, y palideció presintiendo la cuchilla ó el cordon, traído de Andrinópolis por aquellos mensajeros. Envió á su encuentro á uno de sus pajes, los recibió con urbanidad, los hizo sentarse, y sacando el mismo el sello del imperio que llevaba en el pecho, lo besó en señal de agradecimiento al señor

de quien lo habia recibido, hizo su oracion y sus abluciones supremas, y arrodillándose en seguida, recibió el cordon de manos de sus servidores, se lo rodeó al cuello y espiró bendiciendo, no la justicia, pero sí la voluntad del señor que le hacia expiar los reveses del islamismo.

XXXIII

El suplicio de Sobieski fué mas largo y tal vez aun mas cruel. Los celos de los grandes, la popularidad de los tribunos, la turbulencia de las dietas, las disensiones de la república, la ingratitud del país, que habia levantado á la cúspide de la gloria y del poder, sin poder sostenerlo á tal altura, la negativa de subsidios, las intrigas de su mujer, la vejez en fin que gasta todo, aun el genio, la competencia anticipada al trono que ocupaba todavía, y las tramas impacientes urdidas contra su vida en su propia córte, envenenaron su dilatada vida. Jamás apreció una nacion ménos al grande hombre que le habia enviado la Providencia para regenerador de su libertad.

María, á quien tanto habia amado, no hizo sino

agrar los pesares que iban á amargar los dias abreviados de su vida.

« María Casimira, » dice su historiador, M. de Salvandy, « fué el tormento del héroe que la habia coronado. » La mostraremos llenando el palacio y la república de intrigas y conspiraciones; mezclándose en los negocios de Estado y de familia, para sembrar en ellos la cizaña y la corrupcion; turbando con su inconstancia, su movilidad y su inquietud de ánimo y de imaginacion la vida íntima del rey, cuando no eran causa de todo esto su ambicion y su avaricia; mas caprichosa á medida que los años, que parecian respetarla, le hacian temer su decadencia, celosa de la confianza de su esposo, como otra lo hubiese sido de su ternura; disputando á su ancianidad honrosos y dulces afectos, despues de no haberse opuesto en su juventud á los caprichos de oscuros amores; desterrando del palacio á su propia hermana, la mujer del gran canciller Wielopolski, á su cuñada la princesa Sobieska-Radziwill, al sabio Zaluski, á todas aquellas personas capaces de amenizar la vida del rey, y entregando el poder que conservaba de aquella suerte, á dos doncellas, la Letreu, y la Federba, enemigas encarnizadas que la dominaban como ella dominaba al rey, y que escandalizaban la ciudad y la córte, siguiendo su ejemplo, con intrigas, disputas,

furores y venalidades. Un rasgo dará á conocer la servidumbre en que el amor de la paz doméstica, el primero de los bienes á los ojos de Juan, hizo caer al infortunado monarca. Habia prometido los sellos á Zaluski. Se los presenta á la muerte de Wielopolski, porque era aun mas esclavo de su palabra que de la voluntad de María Casimira. « Pero, amigo mio, » le dice, « si los aceptais, soy perdido, me veré obligado á huir de mi casa. No imagino adonde podré ir á morir en paz. »

« La familia real, como el palacio, era presa de ódios y desórdenes. Allí, como en el Estado, Juan trabajaba en vano para restablecer la concordia, perturbada por las pasiones irritables y volubles de la reina. Contenidos como los partidos bajo su régia mano, sus tres hijos, no pudiendo atacarse abiertamente, se odiaron; aquel aborrecimiento era uno de los ódios fraternales, descritos por Tácito. Al salir de la cuna, ya no eran hermanos, sino rivales.

» Vivo aun el rey, su familia, la Polonia y la Europa se disputaban su herencia. Él mismo, con el ojo fijo en el vacío que dejaria en el seno de su desgraciada patria, solo se ocupaba en la manera de llenarlo. Desde el centro de sus pesares domésticos, su pensamiento se sumergía en el porvenir de la Polonia, y de todos los cuidados que asediaban su alma, mil

veces lo ha dicho, aquellos eran los mas penosos. »

El gemido público que hizo resonar en el Senado de Polonia, poco ántes de su muerte, es el acta de acusacion mas elocuente y mas patética del patriotismo de este héroe, contra la turbulencia de sus compatriotas.

« ¡ Ay ! » dice Sobieski á los senadores amotinados sin cesar contra él y contra la patria, « bien conocia « las penas del alma quien ha dicho que los dolores « pequeños desean desahogarse, en tanto que los « grandes son siempre mudos. ¡ El universo enmu- « decerá tambien contemplándonos á nosotros y á « nuestros consejos !

« Parece que la naturaleza debe sorprenderse ; esa « madre benéfica ha dotado todos los seres con el ins- « tinto de la conservacion, y dado á las mas mise- « rables criaturas armas para defenderse ; solo noso- « tros en el mundo nos combatimos los unos á los « otros. Este instinto nos ha sido arrebatado, no por « alguna fuerza superior, por un destino inevitable, « sino por un delirio voluntario, por nuestras pasio- « nes, por el deseo de hacernos mutuamente mal. « ¡ Oh ! ¡ cuan grande será la sorpresa de la posteri- « dad al ver que, de la cima de tanta gloria, cuando « el nombre polaco llenaba el universo, hemos de- « jado arruinarse nuestra patria, y caer para siem-

« pre! Pues yo he sabido ganar algunas batallas,
 « pero me declaro falto de medios de salvacion. No
 « me queda mas que poner, no en manos del hado,
 « porque soy cristiano, pero sí en las de Dios grande
 « y fuerte, el porvenir de mi adorada patria.

« Es verdad que me han dicho que habia un medio
 « de salvar la república, que el rey no se divorciase
 « de la libertad, y la restituyese... ¿ Por ventura, se-
 « nadores, he robado esa libertad santa en que
 « he nacido, he crecido y me he apoyado sobre la fé
 « de mis juramentos? y yo no soy perjuro. Desde
 « mi tierna infancia le he consagrado mi vida; la
 « sangre de todos los míos me ha enseñado á fundar
 « mi gloria en esta adhesion. Que vaya el que lo
 « dude á visitar los sepulcros de mis antepasados;
 « que siga el camino que me ha sido abierto por
 « ellos para la inmortalidad. Él reconocerá, por el
 « rastro de su sangre, el camino de la Tartaria y de
 « los desiertos de la Valaquia. Oirá salir del seno de
 « las entrañas de la tierra y de debajo del mármol
 « frio voces que gritan : *Aprended de mí cuan dulce*
 « *y hermoso es morir por la patria.... »*

« Yo podria invocar la memoria de mi padre, la
 « gloria que le cupo de ser llamado cuatro veces á
 « presidir los comicios en este santuario de nues-
 « tras leyes, y el nombre *de escudo de la libertad*

« que mereció..... Creedme, toda esa elocuencia
 « tribunicia estaria mejor empleada contra aquellos
 « que por sus desórdenes atraen sobre nuestra pa-
 « tria el grito del Profeta, que me parece oír resonar
 « sobre nuestras cabezas : Dentro de cuarenta dias
 « Nínive perecerá. »

« Vuestras dominaciones, ilustrísimos, saben que yo
 « no creo en agüeros; yo no consulto los oráculos,
 « ni doy crédito á los sueños. No los oráculos, la fé
 « me enseña que los decretos de la Providencia no
 « pueden dejar de cumplirse. El poder y la justicia
 « de aquel que rije el universo arreglan los destinos
 « de los estados; y allí donde se puede hacer todo
 « impunemente en vida del príncipe, donde se alza
 « altar contra altar, donde se buscan dioses extraños
 « en presencia del verdadero, allí ruje la venganza
 « del Altísimo. »

« Senadores, á la faz de Dios, del mundo, de la re-
 « pública, protesto de mi respeto á la libertad; pro-
 « meto conservarla tal como la hemos recibido. Nada
 « podrá separarme de este sagrado depósito, ni aun
 « la ingratitud, ese aborto de la naturaleza... Conti-
 « nuaré sacrificando mi vida á los intereses de la
 « religion y de la república, esperando que Dios no
 « rehusará sus misericordias á aquel que no vaciló
 « jamás en sacrificar sus dias por la patria. »

La pérdida irremediable de la Polonia debía ser el resultado de su anarquía é ingratitud. Aunque no creía en agüeros, Sobieski, fué sin saberlo el oráculo vivo de la ruina de su patria.

XXXIV

Para colmo de infortunios, sus dos hijos, movidos por una ambicion fratricida, se amenazaban, con las armas en la mano ante los ojos del padre, y dividían ya la nacion en dos opuestos bandos. Miéntras que la faccion del príncipe Sapieha ensangrentaba la Dieta y manchaba el trono mismo en su capital, Sobieski veía alzarse en Rusia, bajo la mano de Pedro el Grande, el poder que debía un dia devorar la Polonia. La enfermedad lo consumía al propio tiempo, agriado por los disgustos domésticos en la soledad campestre adonde se retiraba huyendo vanamente del espectáculo de la anarquía de las dietas; la reina lo torturaba hasta en su lecho de muerte por medio de sus sacerdotes para arrancarle la designacion al trono de uno de sus hijos.

« Este grande hombre, » dice el obispo que le llevaba las insinuaciones de la reina, « me pintó con sollo-

« zos los sufrimientos de su cuerpo y de su alma; « luego, como un hombre abrumado por el dolor : « ¡ No habrá nadie, exclamó, que quiera vengar mi « muerte ! Ved en esta nacion el desbordamiento de « los vicios, el contagio de la demencia, ¿ y he de « creer yo á quien no escuchan vivo, que este pueblo ejecutará mi voluntad despues de muerto ? »

En fin, volviendo un momento de un vahido que habia suspendido sus penas con su vida : « ¡ Ah ! » dijo recobrando su pensamiento y sus sentidos : « ¡ Cuan bien estaba en este desvanecimiento ! ¡ Porqué renacer al dolor y á la vida ! » El segundo desmayo fué mortal : espiró como habia nacido, en medio de una tempestad, imágen de la borrasca eterna de su patria, entregada como su héroe á las convulsiones de la anarquía.

Su viuda se ligó con la faccion de los nobles para combatir la eleccion de sus hijos al trono, ofreciendo su mano á los ambiciosos de la nobleza contra sus propios hijos. La viuda y los hijos perdieron el trono : ochenta mil electores á caballo nombraron en la llanura de Vola, con el sable en la mano, dos reyes á la vez, el uno, protegido por el Austria, el otro, candidato de la Francia, ninguno de los dos patriota.

El número de los escuadrones decidió la eleccion en favor de un extranjero, el príncipe Augusto de

Sajonia, candidato del Austria y del papa. En medio de estas borrascas, el cuerpo de Sobieski aguardó treinta y seis años un sepulcro.

Volvamos á Andrinópolis.

XXXV

Después del suplicio de Kara-Mustafá, el sultan, de vuelta en Andrinópolis, nombró gran visir á Ibrahim-Bajá. El puesto de caimakan que ocupaba desde el principio de la guerra lo habia preparado para esta dignidad. Era un hombre íntegro y fiel, sin mas ambicion que la de servir bien al Estado, experto en la administracion y en la guerra. Las tradiciones de los dos Kiuperli revivian en él, aunque sin su ingenio. Su único defecto era la enemistad con los favoritos del sultan y del gran visir Kara-Mustafá. El destierro ó el cordon dieron cuenta de ellos. Mahomet IV, que temia ante todo la 'anarquía, dejaba reinar completamente á sus grandes visires, renunciando hasta á sus propias afecciones. La unidad del poder era su máxima; la responsabilidad de él su suplicio. Todas las criaturas de Kara-Mustafá cayeron con él.

XXXVI

Entre tanto, la Hungría, abandonada á sí misma, sucumbia ciudad por ciudad bajo el cañon del duque de Lorena y de los polacos; su capital Pesth capitulaba sin sitio; Ofen rechazaba numerosos asaltos, defendida por su gobernador, el intrépido Kara-Mohammed, que continuaba mandando en la plaza con una mano mutilada por una bala. Tendido en una camilla á la puerta de su serrallo, dirigia la defensa, cuando una bomba estalló junto á él y lo destrozó. Al rededor de su lecho mortuorio convocó á sus generales, y ántes de espirar entregó en su presencia el mando á Ibrahim-Bajá, que era el mas digno de todos.

« Ibrahim, » segun el historiador Raschid, « exaltó tanto el fanatismo de sus diez mil guerreros, que cortaron la cabeza á millares de cristianos, suspendieron sus espadas de las estrellas del cielo, y los ángeles, que sostienen el trono del Eterno, aplaudieron desde lo alto del firmamento las heroicidades de la guarnicion de Ofen. »

Contra esta fortaleza se estrelló el valor de los im-